

**Forma de citar este artículo en APA:**

Archbold Correa, G., Arias Zapata, V. M., Fernández Vélez, E. E., Flórez Gómez, A. M., González Muñoz, E. E., González Vergara, A. M., Lopera Duque, A., Marín Toledo, D., Monsalve Tamayo, M. C., Ospina Jaramillo, D. J., Pulgarín Jaramillo, A. E., Ruiz Correa, K. A., Toro Bedoya, E., Álvarez Carmín, V., y Bedoya Cardona, L. M. (enero-diciembre, 2018). La experiencia de formación en intervención terapéutica: reflexiones suscitadas durante el entrenamiento de la Especialización en Terapia Familiar de la Universidad Católica Luis Amigó. *Funlam Journal of Students' Research*, 3, pp. 74-85

Recibido: 24 de mayo de 2018  
Aceptado: 03 de agosto de 2018  
Publicado: 03 de diciembre de 2018

# La experiencia de formación en intervención terapéutica: reflexiones suscitadas durante el entrenamiento de la Especialización en Terapia Familiar de la Universidad Católica Luis Amigó<sup>1</sup>

## The experience of therapeutic intervention education: Reflections on a training exercise of the Family Therapy specialization program at Universidad Católica Luis Amigó

Gintay Archbold Correa, Viviana Marcela Arias Zapata, Erica Evidalia Fernández Vélez, Ana María Flórez Gómez, Edwin Eliecer González Muñoz, Aura Milena González Vergara, Andrea Lopera Duque, Daniela Marín Toledo, María Camila Monsalve Tamayo, Diana Johanna Ospina Jaramillo, Astrid Elena Pulgarín Jaramillo, Kelly Alejandra Ruiz Correa, Eunice Toro Bedoya, Vidal Álvarez Carmín\*. Asesora: Ledy Maryory Bedoya Cardona\*\*

<sup>1</sup> Ejercicio de escritura realizado por los estudiantes de la Especialización en Terapia Familiar de la Universidad Católica Luis Amigó en el marco del curso *Formación en intervención terapéutica con familias I*, dirigido por la docente investigadora Ledy Maryory Bedoya Cardona.

\* Estudiantes de la Especialización en Terapia Familiar de la cohorte 08, nivel I, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín-Colombia.

\*\* Magíster en Terapia Familiar de la Universidad Pontificia Bolivariana, docente de la Especialización en Terapia Familiar de la Universidad Católica Luis Amigó. Grupo de investigación "Familia, desarrollo y calidad de vida". Correo electrónico: [ledy.bedoyaca@amigo.edu.co](mailto:ledy.bedoyaca@amigo.edu.co)

## Resumen

El presente artículo plantea reflexiones resultado de la experiencia de entrenamiento en intervención terapéutica con familias, llevada a cabo durante el primer semestre de formación como especialistas en terapia familiar de la Universidad Católica Luis Amigó. En el ejercicio se identifican asuntos significativos como la comprensión del sí mismo (self), la comunicación como posibilidad, el uso de técnicas y la experiencia de observación en las primeras sesiones con familias. Al plantear reflexiones suscitadas durante la práctica de entrenamiento, se retoman elementos conceptuales y vivenciales que articulados se consideran eje central del terapeuta familiar que busca conducir el ejercicio profesional bajo una epistemología sistémica con asiento conceptual y un verdadero proceso reflexivo.

**Palabras clave:** Entrenamiento; Terapia familiar; Comunicación; Self; Reflexión.

## Abstract

This paper establishes some reflections as result of a training exercise in the family therapeutic intervention carried out with families, during the first semester of the Family Therapy specialization program at Universidad Católica Luis Amigó. This exercise brings about meaning issues such as: the understanding of one's self, communication as a possibility, the use of techniques and observation experiences in early sessions with families. The analysis of this training experience, is based on conceptual and life elements that are fundamental in family therapy that try influence the professional exercise under a systematic epistemology with a theoretical basis and a true reflective process.

**Keywords:** Training, family therapy, communication, self, reflection.

# Introducción

Este artículo presenta el resultado de un ejercicio analítico y reflexivo en el cual se reconocen elementos conceptuales y experienciales que se convierten en un recurso útil para la comunidad académica, dado que plantean asuntos relevantes de la experiencia personal y grupal en el proceso de formación y develan la estrecha relación entre la persona del terapeuta y sus aprendizajes.

## La comprensión de sí mismo

La reflexión es el mecanismo mediante el cual se desarrolla el Self. Reflexión entendida como capacidad de ponerse en el lugar de otro para auto-observarse, actuar como actuaría otro, salir “fuera de sí” para convertirse en objeto de reflexión y después volver sobre sí mismo como sujetos de la reflexión (Agudelo, 2005, p. 83).

El proceso de entrenamiento en terapia familiar es una experiencia de formación académica que permite la aprehensión de ideas, conceptos y fundamentaciones necesarias para la atención terapéutica desde el enfoque sistémico. Además, es considerado una vivencia que posibilita la transformación personal, en la medida en que aborda el self como eje transversal de los aprendizajes y las implementaciones.

A partir de los conceptos analizados en dicho proceso, se puede reconocer la importancia que cobra la observación (saber observar y observar-se) al momento de comprender al sujeto de intervención. Al respecto y en lo que concierne al sistema terapéutico (terapeuta y familia), Von Foerster (como se citó en Rodríguez, 2008) plantea que “se debe comprender lo que se ve o de lo contrario no se ve” (p. 83).

Considerando lo anterior, es preciso reflexionar la manera en que el terapeuta familiar en formación logra potencializar la observación soportado en una cibernética de segundo orden, es decir de los sistemas observantes; partiendo del reconocimiento y la comprensión de sí mismo (self) para llegar a la comprensión de otros y de su relación con ellos.

Lo anterior, desde lo planteado por Von Foerster (1998), se refiere a las observaciones de lo que se observa, al reconocimiento de un marco de referencia personal, es decir una historia de vida y la manera en que esta se configura como un entramado de vivencias y experiencias transformadoras para el terapeuta.

En esta reflexión conviene detenerse un momento para entender las diferencias entre: ver, mirar y observar. *Ver* es más que una acción, es algo pasivo, un acto de conciencia. El entorno percibido no pasa inadvertido al ojo que mira. *Mirar* es una acción genérica, un acto sensitivo: al manejar, por ejemplo, se puede mirar el paisaje, aunque sin mucho interés. Y al *observar*, el sujeto se compromete holísticamente para ordenar, dar sentido y dar significado a lo que percibe.

Aclarar lo anterior es el punto de partida para que el terapeuta en formación logre llevar a cabo observaciones de su self, con el fin de poder comprender-se y comprender las construcciones generadas en el sistema terapéutico del cual hace parte. De acuerdo con esto, y siguiendo las ideas de Foerster (1998), puede ratificarse que “la sistémica es el arte de ver, averiguar y especialmente reconocer conexiones entre las entidades observadas” (p. 10).

Es importante precisar que, en el proceso de observación y auto-observación, el marco de referencia del terapeuta guía la conformación de su estilo terapéutico. Esto se hace evidente en el lenguaje, los gestos, las actitudes, los comportamientos y el tipo de interpretaciones que lo caracterizan. Cabe señalar, además, que dicho marco no lleva al terapeuta a ser ortodoxo ni sesgar sus intervenciones; por el contrario, le sirve como recurso para intervenir sistémicamente desde diferentes técnicas y estrategias en armonía con los recursos de las familias.

Dado lo anterior, puede decirse que: creatividad, intuición, pasión, estilo, fundamentación epistemológica y marco conceptual, son las guías que llevan a la consecución del pensamiento y la actuación sistémica; todos son necesarios en la terapia familiar. De acuerdo con Ceberio y Linares (2005):

El futuro terapeuta se posicionará ante las diferentes opciones pertrechado con un importante bagaje histórico, como portavoz de un código familiar y social y como portador de normas, y estereotipos que conforman sus estructuras conceptuales y narrativas. Y solamente desde allí elige, ingresando en un modelo terapéutico que, a su vez y de forma simultánea, lo elige a él (p. 54).

Lo anterior ratifica la importancia que cobra el conocimiento de sí, en un proceso de formación en el cual es el propio terapeuta una herramienta constante de transformación, un protagonista más, que por medio de la comprensión de sí, pone en juego herramientas, conceptos, elementos que resultan útiles en determinados momentos y sujetos. Reconocer las propias limitaciones, temores, y posibilidades es una forma valiosa de estimular las capacidades y asumir los retos que cada sesión terapéutica conlleva.

Dentro de este ejercicio, para lograr la mirada de sí mismo, se requiere el reconocimiento de la propia historia de vida y de los significados que se han atribuido a las experiencias vividas. Reconocer, recrear y renombrar la historia, se considera una práctica que posibilita el fortalecimiento de la intervención terapéutica, la cual nunca se despliega sin la subjetividad del profesional; dado que sus imaginarios, creencias, patrones y mandados están presentes, y resulta más útil tener claridad sobre ellos. Como lo plantean Goldrick y Gerson (1993):

Las familias se repiten a sí mismas, lo que sucede en una generación a menudo se repetirá en la siguiente, es decir, las mismas cuestiones tienden a parecer de generación en generación, a pesar que la conducta actual pueda tomar una variedad de formas (p. 21).

Es así como la historia de vida puede verse como un maletín de posibilidades que permite generar conexión, empatía, desarrollo de habilidades y reconocimiento de patrones interaccionales, teniendo presente que las narrativas de los individuos construyen identidad personal, familiar y social, y se encuentran cargadas de guiones que influyen sentidos y significados (White, 2002). Es por esto que el terapeuta familiar debe trabajar constantemente su propio guion, sustentado en la premisa que la intervención con familias también estará mediada por su self y que de dicho reconocimiento dependerá en gran medida el enriquecimiento de las intervenciones y la identificación de resonancias e isomorfismos que puedan poner en riesgo el proceso terapéutico. Como lo plantean Ortega y Lema (2017), el terapeuta debe explorar sus

sentimientos no en relación a lo que le ocurre al paciente, sino en relación a lo que le ocurre a sí mismo, ya sea respecto a su historia o a lo que significa ser terapeuta, convertir las emociones en información, “mi estilo familiar colorea mi forma de intervenir, sea o no consciente de ello” (p. 154).

Uno de los ejercicios que durante el proceso de entrenamiento permite de manera significativa acercarse al reconocimiento de sí, es la elaboración y presentación del genograma. La herramienta de graficación familiar promueve una amplia revisión de las relaciones familiares, evolución contextual, vivencias significativas, patrones, legados, y muchos otros elementos que emergen a partir de su elaboración y reflexión (Goldrick y Gerson, 1993). Estas graficaciones llevan a identificar historias cargadas de sentido y significado, que permiten afianzar creencias, y modos de vivir, sujetos a la posibilidad de resignificación.

Para los estudiantes en formación, abrir las puertas de la privacidad al grupo de compañeros, permite vivenciar características del sistema terapéutico, cuando en el ejercicio de presentación se logran generar conexiones con las historias de vida de otros, y se mantiene la motivación, la curiosidad y se encuentra resonancia con esas otras historias en las que cada uno puede verse reflejado. Además, el clima de cercanía y la reflexión a las que propenden llevar las preguntas propias del ejercicio de formación, generalmente promueven movilizaciones en torno a los reconocimientos logrados.

A través del ejercicio reflexivo, elaboración y presentación del genograma, se descubre la importancia de hacer conscientes los temores, emociones, sentimientos, y recursos personales. Este ejercicio además permite el afianzamiento y fortalecimiento de las relaciones del grupo, desde la comprensión del otro como persona y no solo desde su rol profesional. Como lo plantea Agudelo (2005):

La práctica de la terapia sistémica tiene fundamento epistemológico en la cibernética de segundo orden, perspectiva en la que se sostiene, entre otras cuestiones, que el observador parte del sistema observado, en tanto su observación está ligada a su vida, a su manera de ver y valorar el mundo y a sus nociones sobre las relaciones ¿no son todos estos elementos atravesados por su propio self? (p. 84).

Inevitablemente, encontrarse en entrenamiento como terapeuta familiar permite afianzar el rol profesional con las movilizaciones personales y familiares propiciadas en dicho proceso. Cada participante se reconoce como parte de un sistema en el cual pone en evidencia sus habilidades para trabajar en equipo, escuchar diferentes perspectivas, reflexionar acerca de diversas situaciones y fortalecer formas de comunicación cada vez menos sesgadas por prejuicios personales. De este modo, cada uno realiza un aporte no solo al crecimiento profesional, sino al personal, familiar y grupal.

Todas las ideas antes descritas como parte del proceso de la comprensión del sí mismo durante la experiencia de entrenamiento, permiten comenzar a dimensionar la importancia que tiene para el terapeuta el cuidado del self, a partir de su reconocimiento como un sujeto que posee postura emocional activa que requiere supervisión. Así, el cuidado del cuidador y la salud emocional son considerados asuntos vitales para mantener la curiosidad y actitud necesaria durante el ejercicio como terapeuta familiar.

## La comunicación como posibilidad

De acuerdo con los planteamientos de Rodríguez (2016): “la terapia familiar coincide con el enfoque comunicacional por sus alcances sistémicos” (p. 28). Siguiendo las ideas del autor, se reconoce la comunicación como experiencia básica y compleja de la vida relacional de los seres humanos, por lo cual es concebida también como un eje central en la intervención terapéutica. El diálogo que emerge en el espacio relacional es validado como promotor de experiencias y significados.

A partir de la experiencia de formación en terapia familiar, es posible afirmar que la comunicación es la base de las interacciones sociales, tal como lo plantea el construccionismo social, apoyado en la idea de que los individuos y los grupos son partícipes activos en la creación de su realidad.

Dentro de esta construcción puede advertirse que la comunicación interpersonal se configura en un ir y venir de mensajes cargados de significado, atribuidos por personas a partir de experiencias que logran transformar sus vidas. A lo que se suman los planteamientos de Pearce (1994): “entender que lo que se hace y se produce en un momento determinado debe ser visto en su contexto, ya que nada tiene significado fuera del contexto” (p. 15).

De acuerdo con estas ideas, puede identificarse la importancia que cobra el lenguaje para los terapeutas de familia como posibilitador en la construcción de mundos posibles, en los que la interpretación que puede darse a las historias de vida de las familias no debe basarse en estereotipos, criterios sociales, culturales o políticos, sino que debe corresponder a un ejercicio curioso de exploración que lleve a una construcción compartida de significado a partir del diálogo. “No es posible realizar un acto por mí mismo sino en interacción con otros” (Pearce, 1994, p. 20).

Desde su enfoque, Pearce (1994) plantea de manera implícita la importancia del proceso de co-construcción que se da entre las familias y el terapeuta, en un proceso de interacción en el cual acontece un encuentro de historias dotadas de significado, que se articulan o no, con la posibilidad que en dicho encuentro emerjan nuevas atribuciones como resultado de la experiencia misma, de la narración, de la reflexión, de la consciencia de sí y la consciencia del otro.

En esa misma experiencia de encuentro con el otro, la expresión comunicativa toma forma, cargada de sentido. En palabras de Rodríguez y Pérez (2017):

La comunicación en la vida de los hombres se ha convertido en el mejor elemento de construcción y articulación de ideas y pensamientos; de relación entre pares, amigos, cercanos; de conocimiento de sí mismo y de los otros; de vida y de muerte. Por ello, por su significado tan profundo, la comunicación no puede sólo verse o minimizarse a un proceso meramente informativo o de supervivencia, sino que debe ampliarse su mirada y entenderse como esa posibilidad, o regalo en sentido más romántico, que tiene cada ser humano para darse su lugar, para encontrarse con el otro, aquel que le complementa, para aportarse (p. 151).

Desde esta perspectiva puede decirse que el encuentro terapéutico posibilita a quienes participan de este (incluido el terapeuta), la toma decisiones y acciones diferentes a las preestablecidas como consecuencia del flujo de nueva información. Para lograrlo, la conversación terapéutica deber estar guiada por hipótesis, circularidad, neutralidad y diseño de estrategias propuestas para favorecer el cambio en el sistema. Las preguntas por el significado, orientadoras, circulares y reflexivas se convierten en sí mismas en herramientas posibilitadoras de nuevos significados y conductas.

## Posibles cajas de herramientas

El terapeuta emplea diversas estrategias que le permiten el cumplimiento de los objetivos en las intervenciones; como parte de estas, las tareas surgen para ampliar la visión de los interlocutores y alcanzar lo propuesto en la terapia. Las tareas varían dependiendo de la intención del terapeuta y la postura conceptual y metodológica del mismo, también deben responder a la perspectiva de la familia y a sus características, además de la claridad requerida ante el “para qué” de su implementación.

Se valora en gran manera el conocimiento al momento de utilizar las tareas en la intervención terapéutica, dada la intencionalidad y utilidad que tienen para generar información, intensidad y transformación. El terapeuta familiar, siguiendo las directrices de hipótesis, circularidad, neutralidad y diseño de estrategias, intenta conducir la sesión con la familia que consulta, reconociendo su lugar como parte del sistema presente, y poniendo a prueba su habilidad para generar preguntas, aclaraciones o propuestas oportunas en el marco de la conversación (Selvini, 1990). De este modo, las tareas son consideradas herramientas movilizadoras, que, de la mano de prescripciones, se consolidan como recursos útiles en la búsqueda de movilización y el cambio. Una “llave maestra” (De Shazer y Berg, 1991) que abre la puerta a la resignificación y la transformación.

La implementación de herramientas como: las tareas, las preguntas, la observación y la escucha, son esenciales para facilitar el encuentro de nuevas posibilidades. Estas permiten la movilización de emociones y sentimientos que facultan la “sanación y liberación” que, a su vez, aportan a la resignificación de ideas, comportamientos y estilos de vida de la familia. Las tareas también promueven la focalización de situaciones que acontecen en la terapia, lo cual es importante para la búsqueda de soluciones, al propender porque el mismo sistema encuentre la solución al problema. Es de vital importancia que el terapeuta familiar logre hallar el trampolín para alcanzar el corazón del problema por medio de la escucha.

## Los inicios del entrenamiento: el devenir de una experiencia

Participar en una sesión de terapia familiar como observador es una experiencia que posibilita un primer acercamiento al ejercicio terapéutico. Un ejercicio que conduce a la reflexión sobre la importancia de estar atento en todo momento y tener en cuenta los pequeños detalles que ocurren dentro de la sesión. Detalles que pueden aportar a la lectura de las situaciones, la identificación de conexiones y posibles rutas de cambio. Es decir, tener presente el contenido y el proceso; tomando como punto de partida los objetivos del proceso de formación planteados por De Bernart y Dobrowolski (1998), pueden considerarse como asuntos clave en la experiencia actual de entrenamiento: la adquisición de elementos teórico-conceptuales, la constitución de un grupo de trabajo y laboratorio relacional, el reconocimiento de las dinámicas familiares del terapeuta y el aprendizaje y experimentación de técnicas, recursos y estrategias en la práctica.

En la sesión resulta fundamental que el terapeuta permanezca muy atento al lenguaje verbal, gestual y corporal de cada uno de los asistentes. En palabras de Watzlawick y Jackson (1971) “es imposible no comunicar” (p. 1); en consecuencia, cada gesto, movimiento o palabra de quienes participan representa una realidad y, por lo tanto, un indicio valioso en la búsqueda de alternativas. Una buena observación durante la sesión, puede proporcionar pistas para la reelaboración de hipótesis y la construcción o el planteamiento de nuevas estrategias de intervención.

Al participar de un ejercicio de entrenamiento en terapia familiar, se hace evidente la necesidad de partir con una idea clara del rol que se desempeña dentro de la sesión y las funciones en la misma (terapeuta-co-terapeuta). Esto, con el fin de actuar de una forma coordinada y articulada, que promueva el abordaje integral y efectivo de la situación familiar y facilite las lecturas de la realidad familiar, para trazar rutas que se acerquen a la resignificación de ideas, relaciones y estilos de vida. Todo ello, desde una postura circular, holística y creativa. También es necesario identificar elementos que amplíen la comprensión y visión del terapeuta frente a la contextualización, el reconocimiento de los actores (presentes o no en la sesión) y las relaciones y recursos que puedan aportar en la generación de nuevas posibilidades de cambio.

Vale la pena destacar que hace parte fundamental del proceso formativo, el estudio y la comprensión de la historia, las escuelas y los modelos orientadores de la terapia familiar, toda vez que la adopción por parte del terapeuta de un determinado modelo, su visión frente a la configuración de los problemas y el cambio, y su postura conceptual, dará pie a las estrategias que utilice para abordar al consultante o la familia. Es decir, de la postura epistemológica del profesional dependerá, en gran medida, la lectura del juego relacional y dialógico, y el curso de la terapia.

En la línea de los aportes que el constructivismo y construccionismo han realizado a la terapia, resulta significativo de acuerdo con estas ideas, el planteamiento de Laura Fruggeri (1996) respecto al construccionismo social como una visión revolucionaria del conocimiento, en el que se evidencia que la psicoterapia se basa en un círculo hermenéutico de interpretación–acción. La autora retoma palabras de Varela (1979), quien expone que “en cada etapa el observador se relaciona con el sistema a través de una comprensión que modifica la relación con este” (p. 57), en este sentido puede decirse que los terapeutas construyen mediante su propia comprensión y sus descripciones, el proceso interactivo en que se encuentran con los consultantes.

En efecto, resulta altamente enriquecedor reconocer durante las primeras sesiones de entrenamiento, que los requerimientos en el ejercicio terapéutico van más allá de asumir una única postura teórica o adscribirse a una escuela de pensamiento determinada. Aunque es imposible que el terapeuta no tenga alguna preferencia o inclinación teórica, queda claro que debe agregar otros aspectos que den cuenta de la comprensión del contexto, la cultura y otras dimensiones, desde donde se moviliza e interactúa el sistema con el que se está dando la relación terapéutica. Lo que enmarca el ejercicio terapéutico en una construcción en donde convergen dos sistemas que interactúan de manera activa generando las posibilidades o no de transformación.

# Consideraciones finales para iniciar el trabajo de entrenamiento

El proceso de entrenamiento en terapia familiar involucra diferentes asuntos que pueden ser vistos de manera simultánea e interconectada. Durante todo el proceso se asiste a sesiones de aprendizaje que parten del reconocimiento del otro y de sí mismo como elementos centrales de una formación reflexiva, exigente y consciente.

El abordaje del self (sí mismo) y el conocimiento de elementos conceptuales como corrientes epistemológicas, teorías de la comunicación, modelos, enfoques, estrategias, técnicas y demás herramientas, posibilitan el giro epistemológico a una cibernética de segundo orden en la cual el terapeuta en formación se reconoce como parte del sistema que observa y que intenta comprender. Pasar de una mirada explicativa y causal de los problemas, a una lectura diversa, responsable, respetuosa y posibilitadora, se convierte en uno de los objetivos centrales y latentes del proceso.

Dentro de los múltiples aprendizajes, el encuentro terapéutico se concibe, retomando a Pakman (1997) como un encuentro de seres encarnados, en donde el proceso reflexivo se genera por medio de conversaciones influenciadas por dimensiones estructurales que son vitales a la hora de entender los orígenes de lo que lleva a una familia a la terapia. Aparecen conversaciones reflexivas que generan potenciales procesos de cambio.

El ejercicio terapéutico es reconocido como una labor que implica una mirada holística, integral y analítica del mundo en que el otro se mueve, y del cual a la vez se es partícipe. Actualmente, surgen posturas integradoras (construccionistas y constructivistas), pero lo fundamental que debe comprender un terapeuta familiar y en lo cual convergen las diferentes posturas, es la necesidad de estar atento a los virajes, a la manera en que las personas cambian, en el marco de un contexto social y de influencias tanto internas como externas.

Un aprendizaje central del proceso de formación es que cada terapeuta puede apoyarse en los modelos, entendiendo que estos, como lo expresa Sluzki (2006), son redes para cazar y en esa medida son herramientas que se emplean en la búsqueda de soluciones para el sistema familiar. Comprender los diferentes modelos de la terapia familiar conduce el ejercicio profesional, pero la epistemología encaminada a la creación de mundos posibles, es viable cuando el terapeuta participa de un verdadero proceso reflexivo.

La Universidad Católica Luis Amigó es consciente y partícipe del reto que implica formarse como terapeuta familiar en un escenario social en el cual la familia ocupa un lugar altamente significativo e irremplazable en la vida de los seres humanos. La formación del terapeuta sistémico es un proceso que involucra la aprehensión de asuntos teóricos, giros epistemológicos, metodologías y prácticas (Ceberio, Moreno y Des Champs, 2000) y, con la misma importancia, el autodescubrimiento, como parte de un proceso en el cual el terapeuta se devela a sí mismo a través de la experiencia con otros. Como lo plantea Canevaro et al.

(2016) “en el quehacer del terapeuta familiar existen dos capacidades fundamentales y complementarias: la capacidad operativa y la capacidad relacional (...) ambas capacidades se articulan determinando una adecuada interacción entre el self profesional y el self personal del terapeuta” (p. 130).

Considerando lo anterior, la Universidad no es ajena a pensar la formación como un proceso que abarca múltiples dimensiones y que cobra sentido en la medida en que posibilita transformaciones en secuencia, incluyendo docentes, supervisores, estudiantes, familias, instituciones, sistemas sociales y culturales, entre otros. De acuerdo con Soto, Martínez, Garberi, Compañ, y Sánchez (1996), desde el punto de vista de la teoría de sistemas, redes como la de salud, seguridad y apoyo, presentan una estructura similar a la de las familias con las cuales se interviene, y la terapia familiar puede contribuir en gran medida a su comprensión y estudio como herramienta útil de tratamiento y prevención. Tanto en lo público como en lo privado, dentro del escenario social, la formación de terapeutas familiares constituye un elemento crucial para el cambio.

## Conflicto de intereses

Los autores declaran la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole.

## Referencias

- Agudelo, M. (2005). El self, una construcción inacabada en el proceso de entrenamiento de terapeutas familiares sistémicos. En P. Estrada Arango (Ed.), *Terapia familiar sistémica. Experiencias, saberes y conocimientos*. Medellín, Colombia: Editorial UPB.
- Canevaro, A., Abeliuk, Y., Condeza, M., Escala, M. A., García, G., y Montes, J. (2016). El nacimiento del terapeuta sistémico. El trabajo directo con las familias de origen de los terapeutas en formación. *Revista Redes*, 34, 127-144. Recuperado de <http://www.redesdigital.com.mx/index.php/redes/article/view/189>
- Ceberio, M., Moreno, J. y Des Champs, C. (2000). La formación y el estilo del terapeuta. *Revista Perspectivas Sistémicas*, (60). Recuperado de <http://www.redsistemica.com.ar/formacion3.htm>

- Ceberio, M., y Linares, J. (2005). *Ser y hacer en terapia sistémica: la construcción del estilo terapéutico*. España: Ediciones Paidós Ibérica.
- De Bernart, R., y Dobrowolski, C. (1998). La supervisión clínica en la formación. *Revista Redes*, (4), 31-52. Recuperado de <http://www.redesdigital.com.mx/index.php/redes/article/view/117/56>
- De Shazer, S., & Berg, I. K. (1991). Haciendo terapia: una revisión post-estructural. *Cuadernos de Terapia familiar*, 18, 17-30.
- Foerster, H. (1998). *Sistémica elemental: desde un punto de vista superior*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Fruggeri, L. (1996). El proceso terapéutico como construcción social del cambio. En: Sh. McNamee y K. Gergen (Comps.), *La terapia como construcción social*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Goldrick, M., y Gerson, R. (1993). *Genogramas en la evaluación familiar*. Barcelona, España: Gedisa.
- Ortega, J., y Lema, R. (2017). Estrategias y técnicas para aumentar la intensidad terapéutica. *Revista Redes*, (36), 1514-170. Recuperado de <http://redesdigital.com.mx/index.php/redes/article/view/222>
- Pakman, M. (1997). La psicoterapia en contextos de pobreza y la disonancia étnica: el constructivismo y el construccionismo social como metodología para la acción. En M. Pakman (Comp.), *Construcciones de la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.
- Pearce, B. (1994). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales. En D. Fried Schnitman (Coord.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 265-283). Barcelona: Paidós.
- Rodríguez, A., y Pérez, D. (2017). Voz, palabra y escritura. *Poiésis*, (32), 149-157. Recuperado de <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/2307/1744>
- Rodríguez, A. (2016). La comunicación familiar. Una lectura desde la terapia familiar sistémica. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 8, 26-43. Recuperado de [http://revlatinofamilia.ucaldas.edu.co/downloads/Rlef8\\_3.pdf](http://revlatinofamilia.ucaldas.edu.co/downloads/Rlef8_3.pdf)
- Rodríguez, H. (2008). Del constructivismo al construccionismo: implicaciones educativas. *Educación y desarrollo social*, 2(1), 71-89. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2692738.pdf>
- Selvini, M. (Comp.). (1990) Elaboración de hipótesis, circularidad, neutralidad: tres directrices para la coordinación de la sesión. En: *Crónica de Una Investigación*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Sluzki, C. (2006). Victimización, recuperación y las historias con mejor forma. *Sistemas Familiares*, 22(1-2), 5-20. Recuperado de <https://www.enp.edu.uy/images/Genero/General%20de%20Violencia/Historias%20con%20mejor%20forma%20Sluzky.pdf>

Soto, R. M., Martínez, M., Garberi, R., Compañ, E., y Sánchez, F. (1996). Derivación y terapia familiar: un análisis sistémico. *Atención Primaria*, 18(2), 70-74. Recuperado de <http://www.elsevier.es/es-revista-atencion-primaria-27-articulo-derivacion-terapia-familiar-un-analisis-14302>

Varela, F. J. (1979). *Principles of biological autonomy*. Amsterdam: Elsevier.

Watzlawick, P., y Jackson, D. (1967/1971). *Teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

White, M. (2002). *Reescribir la vida: entrevistas y ensayos*. (V. Tirota, Trad.). España: Gedisa.